

ORACION FÚNEBRE

PRONUNCIADA

EN LAS EXEQUIAS DEL ILMO. SEÑOR OBISPO

DE SEGOVIA

EL DIA 22 DE FEBRERO DEL AÑO DE 1838.

252.7 : 92 (Briz, Joaq.)

ORACION FÚNEBRE

QUE

EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE SEGOVIA

POR EL ALMA

DEL ILMO. SR. D. FR. JOAQUIN BRIZ,

dignísimo Obispo de la Diócesis,

EL DIA 22 DE FEBRERO DEL PRESENTE AÑO

DIJO

EL SEÑOR DON DOMINGO ROMEO,

Cura párroco de San Martin de la misma ciudad, y Examinador Sinodal de la Diócesis.



Madrid:

IMPRENTA DE DON EUSEBIO AGUADO.

1838.

Ambulavit pes meus iter rectum à juventute mea.... Zelatus sum bonum.... Venter meus conturbatus est; propterea bonam possidebo possessionem.

Andave desde mi juventud por los caminos rectos: fui celoso del bien: se conmovieron mis entrañas con las necesidades de mi pueblo, y por esto gozaré una herencia inmortal. (*El Eclesiástico, cap. 41, v. 20, 24 y 29.*)

Ilmo. Señor.

Triste y doloroso es ciertamente este dia para mi corazon; y en vano pretenderia alejar de mi imaginacion abatida los desconsoladores recuerdos que con tanta viveza reproduce..... ¡Ay de mí! Él no presenta á mis ojos enternecidos sino lúgubres y funestas imágenes. Él renueva del modo mas sensible la llaga profunda que tantos suspiros ha arrancado de nuestros oprimidos pechos. Él vuelve á presentar á nuestra atormentada consideracion aquel augusto quanto amable objeto, que despues de haber hecho un tiempo nuestra admiracion y nuestras delicias desde este sagrado sitio, yace inanimado dentro de esa valla de honor, bajo la losa fria del sepulcro. Él, sí, este dia de luto y desconsuelo publica,

con el aparato mas patético é imponente de la Religion, la pérdida lamentable del Pastor vigilante de este rebaño fiel, del consolador de los afligidos é indigentes, del Sacerdote grande, del..... forzoso es ya decirlo; del Ilmo. Sr. D. Fr. Joaquin Briz, Obispo dignísimo de esta Santa Iglesia. Sí, pueblo católico; sí, esclarecida diócesis; sí, rebaño querido: tu sabio Prelado, tu augusto Pontífice, tu Padre comun, cuya preciosa vida tanto te interesaba, por cuya conservacion dirigiste al cielo votos fervientes, oprimido tal vez con el peso de tus desgracias que miraba como tuyas, en una edad en que aún podia hacernos concebir ideas halagüeñas de poseerle algun tiempo para nuestra felicidad; ¡ay! cuando menos nos lo temíamos, y de la manera que menos lo esperábamos, cedió por último á su dolor; tocó el término de sus dias; murió..... Esto nos dice ese enlutado cenotafio; esto los emblemas sagrados que le coronan; esto el dolido aspecto de los semblantes. Que murió.....

¿Qué es esto, Dios mio! ¿Hasta cuándo permanecerá la espada terrible de vuestra ira desnuda sobre nosotros? ¿No eran bastantes las tribulaciones y desventuras que no habeis cesado de derramar en nuestros deplorables dias? ¿No eran bastantes las calamidades que tantos ayes han arrancado de nuestros oprimidos corazones, y tantas lágrimas de nuestros ojos, en justo castigo de nuestros desórdenes? ¿Era preciso que descargáseis sobre nuestras cabezas este tan sensible golpe, privándonos casi repentinamente del Pastor amante que os dignásteis darnos en vuestra misericordia? ¿Era preciso que..... ¿Adonde voy? Perdonad, Señor, á la grandeza de la pena que

conmueve mis entrañas; la expresion excesiva de mi dolor, tal vez culpable en vuestra divina presencia..... ¡O Dios siempre justo, siempre bueno y misericordioso! Nosotros os adoramos en todas vuestras obras, y veneramos profundamente vuestros decretos soberanos. Cúmplase siempre vuestra santísima voluntad: cúmplase, sí, hermanos míos; y poseidos de sentimientos tan dignos de nuestra fe, contemplemos en los objetos tristes que miramos la inestabilidad, la brevedad, la nada de las grandezas humanas; esforcémonos á la pálida luz de esas fúnebres antorchas en despegar á toda costa de nuestro corazon los amores injustos, las aficiones indignas á un mundo que muy en breve ha de desaparecer de nuestra vista.

¡Feliz el alma que, fijando en su consideracion este sabio pensamiento, consigue arreglar por él las operaciones todas de su vida! ¡Feliz el cristiano que imprimiendo en el fondo de su espíritu este saludable desengaño, está preparado á todas horas para el último de todos ellos, practicando, mientras llega, con alegría, resolucion y constancia los preceptos santos de su Dios! Este es el camino seguro, la senda derecha que le conducirá sin extravío á la mansion dichosa de la inmortalidad. Por ella anduvo constantemente nuestro digno Prelado; y vedlo que, adorando en la humildad reverente de nuestro corazon los inapeables juicios del Señor, debe mitigar hoy nuestro desconsuelo. Sus dias corrieron sin tropiezo por los caminos rectos. Nunca vacíos, y siempre llenos de obras preciosas que agradan á Dios y son útiles á los hombres, fueron marcados con el sello santo de una fe ardiente y vigorosa, de una esperanza firme, de

una caridad encendida; dignos seguramente de la santidad de la Religion, dignos de la mitra de honor y de gloria con la que le adornó el Señor en premio de su sabiduría y de sus virtudes, y dignos tambien de que sean hoy recordados con justos encomios y alabanzas en el templo mismo del Dios vivo.

Y..... ¿Es posible, señores, sea yo precisamente quien haya de publicarlas en este dia?..... ¿Yo quien haya de tributar este último público acto de veneracion y de respeto hácia este digno Príncipe de la Iglesia?.... Pero pues que ni la debilidad de mis talentos, ni mi bien conocida insuficiencia, ni la elevacion y grandeza del objeto, ni consideracion alguna ha sido bastante poderosa á dejar de ser honrado con este árduo y difícil encargo, cuyo digno desempeño exigia de justicia un orador elocuente, confiado en los auxilios del Señor, que no se niegan á los humildes y pequeñuelos, y alentado con la benignidad, discrecion y prudencia del sabio y respetable concurso que tiene la bondad de escucharme, elevaré para gloria de Dios y edificacion nuestra las virtudes de su ungido en los diversos estados y situaciones en que le colocó su adorable providencia.

Empero..... no temais que en este dia consagrado á su tierna memoria me atreva yo á profanar la cátedra de la verdad con el humo de un incienso mentido. No. La adulacion vil, la lisonja indigna, que tan facilmente suelen introducirse en los elogios fúnebres de los grandes, deben ocultarse avergonzados al publicar hoy el que tan debido es al gran Prelado que lloramos. Su vida ha sido demasiado pública, demasiado edificante, dema-

siado pura para que, aun cuando yo no aborreciese por caracter la bajeza de estos medios, tuviese jamás necesidad de recurrir á ellos.

Joven timorato, religioso irrepreensible, maestro sabio, superior prudente, virtuoso, benigno, afable, conciliador..... pastor vigilante, celoso, tierno, caritativo..... Estos son los lineamentos que forman el verdadero retrato de nuestro difunto Obispo. Estas las raras y amables cualidades con que glorificó su Religion, con las que se granjeó el amor y los respetos de la sabia Orden á que perteneció, y la veneracion y cariño de su pueblo. Con ellas agradó al Señor, gobernó dulcemente los numerosos hijos de Domingo, y dirigió fielmente por los caminos ciertos de la salud eterna la preciosa grey que el Pastor supremo de las almas habia encomendado á su vigilancia; y ellas tambien me autorizan para que, sin recelo alguno, aplique yo á su persona y ponga en su misma boca estas hermosas palabras que en la dulce efusion de su profunda gratitud dirigió en otro tiempo al Señor, divinamente inspirado, el hijo de Sirach: "Anduve por los caminos rectos desde mi juventud, fui celoso del bien, se conmovieron mis entrañas con las necesidades de mi pueblo, y por esto gozaré una herencia inmortal." *Ambulavit pes meus iter rectum à juventute mea..... Zelatus sum bonum..... Venter meus conturbatus est, propterea bonam possidebo possessionem.*

Que el Ilmo. Sr. Briz fue irrepreensible desde su juventud, Prelado celoso del bien, Pastor vigilante y caritativo, es lo que intento manifestar, y el elogio que consagro á su preciosa memoria.

Es desgracia harto comun en los elogios fúnebres de los grandes hombres la triste precision de poner un velo á los años primeros de su vida: olvidando entonces el orador diestro é ingenioso los dias borrascosos de la adolescencia, empieza colocando á su héroe en los años maduros de la edad perfecta. Libre yo, por dicha, de estos temores estoy bien distante de pasar en silencio la inocente infancia, ni los años preciosos de la juventud del alto personage cuyo elogio vengo á pronunciar. ¡Ah! En todos caminó por las sendas seguras de la ley; le veremos en todos bien digno de nuestra imitacion y de nuestras alabanzas.

Ambulavit pes meus iter rectum à juventute mea.

En efecto: Nacido en veinte y cinco de octubre de mil setecientos sesenta y ocho en la muy noble y antigua capital de Aragon, de una familia tan honesta como virtuosa, está dicho que los primeros cuidados de sus piadosos padres fueron inspirar á este hijo de bendicion los sentimientos mas puros de la fé, é imprimir en su tierno espíritu las sublimes máximas de humildad, subordinacion y dependencia al Dios que le crió, y el amor y reconocimiento que debia tributarle hasta la muerte. Bien diferentes de una gran parte de los padres que

con tanto daño de sí mismos y de la sociedad descuidan desgraciadamente la educacion cristiana de sus hijos, ó la confian temerariamente á manos poco fieles y mercenarias, infundieron éstos hasta el fondo del alma de su querido hijo la leche preciosa de la doctrina y del ejemplo, con la que debia empezar á crecer en gracia y sabiduría delante de Dios y de los hombres: y al paso que advierten un despejo poco comun en la primera edad, redoblan su vigilancia para grabar como Tobías en su tierno corazon el temor santo del Señor, y un horror verdadero á todo pecado, y conservar ileso este sagrado depósito que la bondad divina les habia confiado. ¡Padres venturosos! Si pudiérais concebir los altos destinos que la Providencia tiene preparados desde la eternidad á ese pedazo de vuestro corazon..... Si rasgando el Señor á vuestra vista el velo impenetrable de los futuros tiempos viérais desde tan lejos..... Pero no, no es la tierra que habitais para tanta dicha. Continuad incansables en el cultivo de este tierno pimpollo de la Iglesia. Sabios y celosos maestros os esperan en las Escuelas Pias; ellos se encargarán gustosos de completar vuestra obra, fortificarán su virtud naciente, ilustrarán su feliz entendimiento, y pronto formarán un jóven distinguido por sus talentos y por sus virtudes. Asi lo pensaron estos cristianos padres, y asi lo ejecutaron.

Yo no me detendré en manifestaros ahora las esperanzas allagüeñas que la docilidad de su corazon, la pureza de sus primeras costumbres y las bellas disposiciones de su espíritu hicieron fundadamente concebir á sus dignos y respetables maestros. Nada diré de aquellos

primeros ensayos de virtud, de obediencia filial, de piedad sólida, de modestia edificante que se admiraron ya en el oriente mismo de su vida. Omitiré los progresos rápidos que hicieron sus talentos en el importante y penoso estudio de la religion, en la grámatica latina, en la geografía, en la retórica, cuyo premio ganó entre sus numerosos condiscípulos con admiracion pública en la corta edad de doce años. Pasaré en silencio sus grandes adelantamientos en los ramos mas esenciales de las humanidades, que con tanto esmero y vigilancia enseñan á sus alumnos los laboriosos é infatigables hijos de Calasanz, y los que tambien hizo en los tres años de la filosofía en la célebre universidad de su patria. Si la bondad y verdadera hermosura del árbol se conoce por sus frutos, segun el oráculo de la Verdad eterna, los abundantes y sazonados que ha recogido el claustro y nuestra diócesis dirán, mejor de lo que pudieran hacerlo mis palabras, la educacion completa y esmerada que recibió en los candorosos años de su adolescencia, y el germen precioso de virtudes con que el Señor misericordioso enriqueció su grande alma desde su misma cuna.... ¡Gérmén celestial, cuyo desarrollo dichoso habia de ser un dia nuestra edificacion y nuestro consuelo! ¡O jóven envidiable! ¡ó alumno amado! ¡con qué firmeza se grabaron en tu cristiano pecho los preceptos santos de tu Dios!....

Pero ¿cómo podrá conservar en toda su pureza la semilla preciosa de la virtud en medio de un mundo corrompido? ¿Cómo preservará su inocencia, sitiado por todas partes de los enemigos mas temibles de su alma?

A do quiera que vuelve sus tímidas miradas, solo advierte escollos en que teme naufragar, compañías funestas de que debe huir, conversaciones impuras que debe detestar, lazos seductores que debe romper. Su populosa patria presenta á su vista mil y mil peligros que le asustan, y en la dorada copa del deleite le ofrece á cada paso el mortífero veneno de la culpa. ¿Qué hará pues este jóven Tobías en medio de la voluptuosa Babilonia? ¿Huirá de sus placeres, de sus diversiones, de sus espectáculos?..... Enhorabuena. Mas continuando la carrera literaria en la universidad de Zaragoza, ¿le será facil declinar el contagio de los ejemplos de una juventud comúnmente desreglada? ¿Podrá habitar en Sodoma sin contaminarse con sus abominaciones, ó permanecer entre los leones sin ser herido de sus crueles garras? ¡Posicion terrible para un jóven que desea sobre cuanto hay en la tierra conservar intacta la pureza de sus costumbres! En situacion tal levanta sus manos al cielo, y suplica humildemente al Padre Soberano de las luces se digne indicarle el camino cierto que debe seguir para poner á cubierto su salvacion. No fue infructuosa su oracion. Pronto siente en el fondo de su interior una voz de misericordia y de consuelo que le llama á la soledad del claustro, á ese puesto dichoso en el que encontrará la dulce calma por que tanto ansía. ¡Y con qué presteza obedece las inspiraciones santas de su vocacion! ¡Ah! Impelido fuertemente de tan dulces impresiones vuela al Real convento de frailes Predicadores de su patria, humilde expone sus ardientes deseos, es admitido, y á los diez y ocho años no cumplidos de su edad viste

entre los transportes de la mas pura alegría el hábito suspirado de santo Domingo.

¡Qué dia este tan delicioso para el jóven Briz! Satisfechas sus ansias, sosegadas sus inquietudes, distante en su humilde estancia de los peligros del mar tempestuoso del siglo, rodeado de ejemplos edificantes, camina presuroso por las sendas difíciles de la perfeccion, y se abraza gustoso con las austeridades continuas de la vida religiosa. Allí da rienda suelta á los fervores santos de su corazon; allí declara guerra abierta á cuantos objetos pueden separarle de su Dios; allí ora, allí se santifica, allí se entrega con teson y constancia al estudio penoso de las ciencias; allí es ilustrado su claro entendimiento con los conocimientos sólidos y profundos de la religion, cuya santa doctrina habia de enseñar otro dia en Israel, y cuyos sacrosantos derechos habia de defender contra los violentos ataques de Amalech; allí se forma un religioso verdaderamente virtuoso, un teólogo verdaderamente sabio.

¡Qué adelantamientos, qué progresos los de este fiel hijo de Domingo! Cuando contemplo el bello conjunto de prendas que brillan como á competencia en su persona, ya no me admira que á los veinte y tres años de su edad sea destinado á leer filosofía en el distinguido colegio de San Ildefonso de su misma ciudad, que sin detencion sea nombrado lector de teología, que cuando en el año de siete defendió por su provincia de Aragon conclusiones públicas de esta sublime facultad mereciese la admiracion y los aplausos de cuantos le oyeron, y los de su propio Vicario general, que en ocasion de la celebracion del Capítulo tuvo el placer de presenciarlas.

Tampoco me sorprenden las particulares consideraciones con que su sabia Orden le distingue, ni los años de enseñanza que le dispensa para condecorarle á los 39 de su edad con todos los grados, honores y prerrogativas del magisterio, acostumbradas á conferirse en esta religion ilustrada á los que consagraron una muy buena parte de su vida en el honroso no menos que penoso ministerio de lectores. No, no extrañemos demostraciones tales de parte de una Orden que ha sabido apreciar en todos tiempos los talentos y las virtudes de sus dignos hijos. Muy desde los principios conoció ya el tesoro apreciable que abrigaban sus claustros, y los servicios importantes que tenia derecho á esperar de las relevantes cualidades del P. Briz.

Y ¿quién desconoció jamás el sobresaliente mérito de este respetable religioso? ¿Quién nunca osó negarle las alabanzas que le eran tan debidas? ¿Serían sus discípulos?..... Ellos publican sin cesar las prendas amables de su buen maestro. ¿Sus hermanos?..... Los individuos todos del convento reconocen y confiesan en el lector Briz un ejemplar de modestia, de humildad, de mortificacion, de obediencia, y del amor mas constante á la observancia de la santa regla. ¿Los seglares?..... Cuantos le conocen se honran con su amistad, y admiran en él el candor y la dulzura de su caracter, la moderacion y buena fé, y aquella jovialidad encantadora, fruto el mas dulce de las virtudes sociales y religiosas. ¡Virtudes amables! Ellas le conciliaron justamente el amor y los elogios de los domésticos y de los extraños, los de su patria, y tambien los de fuera. Asi fué.

Precisado á alejarse por la primera vez de su vida de su pais natal, en aquellos dias desoladores y turbulentos; entonces, cuando despues del para siempre memorable y apenas creido sitio de la inmortal y heróica Zaragoza fué ocupada por los ejércitos invasores esta nueva Numancia, se encaminó á Valencia. No seguro aún en el continente, se refugia en Ibiza, y bien pronto esta ciudad hospitalaria se hace la admiracion de los fervores de su celo en la cuaresma entera que por especial encargo de su digno Obispo predicó en aquella santa iglesia. Allí, y por do quiera, fue apreciado su mérito singular, porque allí y por do quiera en que le era forzoso detenerse, dió las pruebas menos equívocas de su ilustracion profunda, de su laboriosidad incansable, de su regularidad edificante, y de los deseos ardientes que le animaban por el bien y la felicidad de sus prójimos. Tan cierto es que cuando la caridad evangélica es acompañada de la verdadera ciencia, recibe en todos los tiempos y paises de la tierra el justo tributo de la admiracion y de la gratitud de sus habitantes.

Este noble deseo del bien, que fue sin duda alguna uno de los ornamentos mas bellos de su espíritu, puso alas á sus pies para regresar de los primeros á su amado claustro el año venturoso de catorce. Este noble deseo fue el que le impulsó á trabajar incansable en la reedificacion y arreglo de su medio destruido convento, en reunir en él á sus hermanos dispersos aún por las pasadas desgracias, y en celar con todo esfuerzo la gloria de Dios y la salvacion de las almas. Sí, señores, la gloria de Dios y la salvacion de las almas fue el bien sobre

todo bien que procuró con todo ardor en el púlpito y en el confesonario, en el convento y fuera de él, en la ciudad y en el campo, en las villas, en las aldeas, en los pueblos todos á que muchas veces fue llamado para ejercer su sagrado ministerio.

Con tan laboriosa y edificante conducta, ¿cómo dejaría de atraerse la benevolencia mas afectuosa de los hombres de bien? ¿Cómo podría no ser mirado por sus buenos hermanos?..... ¿Sus hermanos?..... ¡Ah!..... Lo diré sin temor. Sus hermanos le miran ya como una de las columnas mas robustas de su instituto; su religiosa provincia se complace en sus obras, le consulta, le escucha y le contempla como el alma de sus mas importantes empresas, y ni la Orden entera emprende negocio alguno de consecuencia en que no cuente para su ejecucion con sus distinguidos conocimientos. No exagero.

Si su desolada casa tiene necesidad de un superior que en las amargas circunstancias en que se encuentra la dirija con acierto, la comunidad unánime fija los ojos en el P. Briz y le elige Prior de ella. Si el gefe de toda la orden en España se prepara para hacer por mandato expreso del Monarca una visita extraordinaria á los conventos comprendidos en la provincia de Andalucía, llama á su lado al Maestro Briz para que le ayude con sus luces en tan delicada comision, y los resultados felices que siguieron á ella son sin duda buenas pruebas de la rara prudencia y virtudes conciliadoras que brillaban en el Prior de Predicadores de Zaragoza. Si despues de algunos años empleados sin descanso en el gobierno de su Comunidad, y en atender á su propia santificacion y

la de sus prójimos, necesita su religion de un activo y experimentado Secretario general, el Maestro Briz es llamado á Madrid para el desempeño fiel de tan importante destino. ¿Qué mas? Si vacante el Magisterio general por fallecimiento del Rmo. que le obtenia se hace preciso darle un sucesor que en tiempos tan difíciles se ponga á la cabeza de toda la Orden, el Sumo Pontífice de la Iglesia Católica, la Santidad de Leon XII, que felizmente la gobernaba, bien informado de los vastos talentos y virtudes del Secretario general, le nombra para ocupar este lugar eminente; y ved á nuestro sabio Maestro constituido por el sucesor mismo de San Pedro Maestro general de la Orden esclarecida de Santo Domingo de Guzman, esparcida en todo el orbe cristiano.

Con tan honorífico y encumbrado puesto honró el Vicario de Jesucristo en la tierra los talentos y virtudes de este varon insigne. De ellas esperó el Santo Padre la conservacion y aumento de las que en mas de cinco siglos han resplandecido y justamente distinguido á una de las mas celebradas Ordenes religiosas de la Iglesia universal. ¿Y se engañó acaso su sabia prevision? A vosotros, hijos dignos de Domingo; á vosotros súbditos entonces afortunados de este gran Maestro; á vosotros tocaba responder y formar el elogio mas acabado de vuestro gefe..... ¡Ah! ¿Por qué no es permitido á vuestro dolor y á vuestra profunda gratitud la publicacion franca de los beneficios importantes que no dejó de procuraros este celoso superior? Vosotros manifestaríais lo que yo no digo, y supliríais con vuestra viveza y energía lo que solo puedo yo expresar tan debilmente. Vos-

otros diríais que desde los principios de su gobierno se apresuró, como otro Esdras, á reedificar el templo santo para restituirle á la hermosura de sus antiguos dias; que se esforzó como Nehemías á encender en vuestros corazones aquel fuego divino que os dejó por herencia dichosa vuestro incomparable Patriarca. Diríais que armado de justicia, revestido de juicio y de misericordia, juzgó como Samuel vuestra congregacion en la ley santa del Señor, y que como uno de los Reyes mas piadosos de Judá, obró bondad, obró verdad y obró rectitud en todo el tiempo de su prelación. Diríais que vuestro Reverendísimo Briz puso en accion los resortes mas ocultos de la sabiduría profunda, de la vasta erudicion, de la consumada prudencia con que le habia enriquecido el cielo para ocupar dignamente los destinos mas elevados del santuario. Diríais..... Basta. ¿A qué, Señores, consumir el tiempo en la comprobacion de unos hechos que por su misma publicidad fueron innegables?

De aqui las sabias y repetidas circulares dirigidas á todas las provincias sobre los objetos mas importantes y delicados. De aqui el restablecimiento magestuoso del culto divino en todas las iglesias de su vasta jurisdiccion. De aqui las reformas prudentes que los acontecimientos extraordinarios de los tiempos hicieron necesarias. De aqui los arreglos de cátedras y estudios para el mayor adelantamiento de los religiosos escolares. De aqui las visitas á los conventos mas distantes, en las que, como amoroso padre, manifestó el mas tierno afecto á todos sus súbditos. De aqui aquella benignidad, aquella dulzura, aquellas maneras conciliadoras

con las que consiguió desterrar de las comunidades las diferencias funestas que, aunque pequeñas, turban la paz y la caridad de Jesucristo. De aqui sus continuados afanes en hacer brillar la observancia mas edificante con tanta utilidad de su religion y del pueblo cristiano. De aqui su actividad extraordinaria en remover á toda costa los grandes obstáculos que habian paralizado hasta entonces las causas de beatificacion, siglos antes comenzadas, de uno de sus hermanos, y la muy interesante de la venerable madre de su santo Patriarca; actividad dichosa, coronada en Roma por el éxito mas feliz, con imponderable gozo de su corazon, con gloria de toda la Orden, y particularmente de nuestra religiosa nacion, que llena de regocijo vió en los dias de su generalato elevado á los honores públicos de los altares á la española, á la castellana bienaventurada Juana de Aza, ascendiente esclarecida de nuestros Reyes. De aqui el amor, la admiracion y los respetos de todos sus hijos á su persona. De aqui, en fin, la reputacion elevada, el aprecio sincero, la estimacion verdadera que se mereció en la capital de la monarquía y fuera de ella de las personas mas altas y respetables del Estado, de los consejeros íntimos del Monarca, del Monarca mismo.

La estimacion verdadera del Monarca he dicho. ¿Y hubo alguno en la corte que dudase de ella? Prueba bien convincente del alto concepto que mereció á la magestad del Sr. D. Fernando VII el Maestro general de Santo Domingo, fue seguramente la presentacion inesperada é improvisa que hizo de su persona para el obispado de Albarracin. ¿Y cuándo? Cuando este sabio religio-

so suspiraba mas que nunca por la quietud y sosiego de su celda; cuando contando con la mayor impaciencia los dias trabajosos de su largo gobierno, solo hallaba consuelo en la placentera idea de verlos terminados prontamente; cuando insensible á los elogios de los hombres y á las distinciones mas señaladas de la gloria humana, cifraba toda su dicha en el goce tranquilo de las delicias de la vida privada; cuando solo aspiraba á vivir y morir en el recogimiento humilde de su claustro, y en la dulce compañía de sus virtuosos hermanos: entonces se le anuncia, ¡ó Dios! Aqui es, señores, donde necesitaba yo poseer el difícil y hermoso arte de pintar las cosas y los efectos, para exponer con alguna dignidad á vuestra vista el heroismo de una de las virtudes mas eminentes del cristianismo, que tantas veces vieron asombrados los siglos mas bellos de la Iglesia, y con el que edificó á la corte Católica el P. Briz. ¡Dignidad sagrada del episcopado! ¡Dignidad augusta! ¡Dignidad elevada sobre toda ponderacion! ¡Cuánto hizo estremecer la sola vista de tu magestuosa presencia su timorato corazon! ¡Ah! Su corazon, aunque grande, se halla ahora fuertemente oprimido con el peso formidable que se le quiere imponer, y el conocimiento profundo de sí mismo le hace considerarse muy distante de merecer jamás los honores supremos del Sacerdocio, persuadido de que muchas veces reprueba el Señor los consejos mismos de los príncipes; derrama toda su alma en la divina presencia, y pide á Dios, como Moisés, envíe para gobernar á su pueblo el que habia señalado en los decretos eternos. Penetrado todo de estas sublimes impre-

siones que en circunstancias semejantes hicieron brillar la humildad de los Ambrosios, Gregorios y Crisóstomos, vuela á los pies del Soberano, le pide, le ruega, le suplica con lágrimas una y otra vez se digne exonerarle del obispado á que ha tenido la bondad de destinarle, porque conoce su indignidad, su insuficiencia, su ninguna aptitud para tan encumbrado lugar. ¡O espectáculo raro y sublime, digno de los primeros fervores de la fé! Tú admiraste al Monarca; tú le asombraste. Así fue, oyentes. Lejos de desagradar al Rey Católico la resolución y constancia de esta dimisión, la aprecia hasta lo sumo, y prendado mas de lo que lo habia estado jamás de los méritos sobresalientes del Maestro Briz, accede á sus deseos con tal que designe á S. M. para la silla que renuncia la persona que en su concepto sea digna de ocuparla. ¡Qué condicion! ¡Qué confianza! Confieso, señores, que la debilidad de mi elocuencia no alcanza á manifestar ni aun toscamente el alto grado de honor á que ella sublimó á este varon edificante. Mas sois demasiado ilustrados para que podais desconocer los quilates inestimables de su valor, y demasiado equitativos para que no les deis todo el aprecio que se merecen. Diré tan solo que correspondiendo en un todo á tan distinguida confianza, propuso á la Real presentación para la Silla Episcopal de Albarracin al dignísimo hermano suyo que hoy la ocupa tan gloriosamente.

A vista de cuanto acabais de oir, ¿qué podré añadir en su elogio que deba superar vuestra espectacion? ¿Por qué admirarnos ya de que no pudiendo olvidar el religioso Monarca pruebas tan positivas de virtud y ciencia,

se haga un deber imperioso en no privar á la Iglesia de España de esta luminosa antorcha? ¿Por qué admirarnos de que al presentarle pasado algun tiempo para el obispado de Segovia ponga el colmo, por decirlo asi, á las grandes honras que le habia dispensado con la particularísima de decirle en la misma corte, y al tiempo de darle á besar su Real mano: *Espero que por esta vez no me dará V. chasco?* ¿Ni por qué nos sorprenderá la docilidad, sumision y respetuosa obediencia de este humilde súbdito á la voluntad decidida de su Rey, cuando ya no puede desconocer en ella la suprema y adorable de su Dios?... Sí, la suprema y adorable de su Dios. A esta se somete, á esta se rinde, y esta es la que adora reverente en la humillacion profunda de su espíritu. ¡Ah! Si como los antiguos profetas alegó ante el trono del Señor su inutilidad y su miseria para gobernar á su pueblo, como ellos dice tambien ahora: "Aqui estoy, Señor; envíame, puesto que asi lo quieres." *Ecce ego; mitte me.* Nada soy, para nada valgo, repite con San Pablo; pero todo lo puedo en aquel que me conforta. Tal fue la expresion verdadera de su sencillo corazon al verse nombrado irrevocablemente para ocupar esa augusta y esclarecida Silla; con disposiciones tan dignas de la fé, con sentimientos tan eminentemente humildes y sublimes recibe del sucesor de Pedro con la mision divina el principado de la Iglesia: ellos le acompañan al ser consagrado con la uncion santa en su dulce patria, y con ellos viene á ti, rebaño fiel, el Pastor amante que ha de apacentarte, el Apostol celoso que ha de dirigirte, el Padre caritativo que ha de consolarte.

¿Y qué? ¿No fue todo esto para ti, ciudad leal y nobilísima de Segovia, respetable diócesis; no fue todo esto para ti el Ilmo. Prelado que hoy ocasiona nuestro dolor? Los dias de su pontificado, demasiado breves para la tierra, ¿fueron otra cosa que un conjunto glorioso de edificantes acciones, un desempeño continuado de los altos deberes del episcopado? He asomado á mis labios los deberes del episcopado, y quisiera poder detener el sol como Josué, ó hacerle retroceder como Isaías, para desahogar algun tanto mi corazon sin molestia ni fastidio de auditorio tan respetable. ¡Conducta pastoral de nuestro Prelado! ¡Celo ardiente de nuestro Prelado! ¡Qué campo tan vasto y tan ameno! ¿Y cómo podré yo concentrarle en los breves instantes de mi discurso? Persuadido íntimamente por la doctrina infalible del grande Apostol que la primera y mas esencial obligacion de un Obispo es apacentar á su pueblo por sí mismo con la palabra de vida y de salud, ¿con qué exactitud y vigilancia no cumplió con ella hasta su muerte? Además de las sabias pastorales que dirigió en diversos tiempos al respetable clero y fieles de la diócesis, sabido es de todos que ni los quebrantos habituales de su salud, ni el rigor de las estaciones, ni los gravísimos y complicados negocios que sin cesar llamaban su atencion con toda urgencia bastaron jamás á dispensarle de la predicacion frecuente del Evangelio. ¡Ah! ¡Con qué santa alegría, con qué fervor, con cuánta dignidad habló muchas veces á su amada grey desde esta augusta cátedra! ¡Con qué concision y claridad desenvolvía y hacia perceptibles á todos sus oyentes los misterios mas elevados y profun-

dos de la fé cristiana! ¡De qué imágenes tan sensibles, de qué coloridos tan bellos no se servia el delicado pincel de su elocuencia para pintar al natural la fealdad del vicio y la hermosura de la virtud; los premios inmortales prometidos á esta, y los castigos sin fin reservados á aquel; la verdad consoladora de nuestra sacrosanta religion, y los delirios monstruosos de la impiedad y del ateismo!..... ¡Qué celo no desplegó por el bien de sus ovejas este pastor amante en la época venturosa del jubileo, cuando no satisfecho con la completa y tierna instruccion que dió en este magestuoso templo al numerosísimo concurso que le escuchaba embelesado en la tarde de su apertura, no contento con haber ordenado se predicase en los tres domingos siguientes sobre el propio asunto en las iglesias designadas para las estaciones, se ofreció S. I. á sentarse en el confesonario mientras durasen aquellos dias extraordinarios de gracia y de perdon! ¡Con cuánto gozo de su alma llevó á efecto esta rara y encantadora promesa, empleando una buena parte de las mañanas en la iglesia parroquial de San Esteban en reconciliar con nuestro Dios ofendido á cuantos pecadores quisieron arrojarse á sus sagrados y caritativos pies!.... Vosotros le visteis, segovianos; vosotros le oísteis, y vosotros admirásteis los santos fervores de su celo por la gloria de Dios y por vuestra salvacion. Verdaderamente, Señores, que aun cuando yo no encontrara en nuestro gran prelado otras virtudes que admirar, bastaria esta sola para formar un elogio completo de su pontificado.

Pero ¿cuál de las que San Pablo encarga tanto en sus divinas cartas á Tito y Timoteo, y en ellos á los

Obispos de todos los tiempos y de todas las naciones de la tierra, dejó de poseer y practicar el que acabamos de perder? ¿Por ventura no fué benigno, prudente, pacífico, sobrio, casto, modesto, humilde? ¡Ah! ¡Qué humilde fué! Contento con merecer nuestros respetos, nunca supo pedirlos, ó para decirlo mejor, nunca pudo sufrirlos; y aun las demostraciones particulares de veneracion que en muchas ocasiones parece suelen servir de descanso á los cuidados de la autoridad, eran la fatiga mas penosa de la suya. Siempre sencillo, siempre afable, siempre accesible, recibia, á todas horas en que se lo permitian sus continuados achaques, al eclesiástico y al secular, al noble y al plebeyo, al habitante de la ciudad y al de la aldea, al rico y al pobre, con una naturalidad, con una benignidad, con una bondad propias solo de sí mismo, y difíciles de expresar. No; jamás, bien lo sabeis, sacerdotes del Señor; jamás hubo otra barrera entre su persona y la nuestra que la de la discrecion y del respeto. Libre del veneno sutil del amor propio, que con mil disfraces sabe mancillar aun las obras mas perfectas de la virtud, ¿qué concepto tan bajo no tenia formado de sí mismo? ¿Con qué candor, con qué edificante modestia, ocultando los conocimientos profundos que poseia, llegaba hasta pedir á sus propios súbditos, á las personas mismas de su casa la aprobacion y el dictamen de las obras mas acabadas de su pluma? ¿Cuántas veces, decidlo vosotros, tristes y amados familiares de este Señor Ilmo., cuántas veces llegásteis á admirar con un cierto rubor los excesos de su modestia, los excesos de su bondad, los excesos de los miramientos y consideraciones que tenia con vosotros?

Criados fieles, ¿cuántas veces fuísteis testigos de aquella paciencia con que, atormentado sobremanera con la sed ardiente que tanto le aquejaba, conversaba con vosotros? ¿De aquel sufrimiento ejemplar con que toleraba este prolongado martirio, por no dejar de celebrar el santo Sacrificio, y particularmente por no omitir la celebracion de las órdenes sagradas; estas funciones augustas de su ministerio, en las que por necesidad empleaba algunas horas, sin poder refrigerar la terrible sequedad de su boca con una sola gota de agua? ¿Cuánto no debía violentarse su genio naturalmente vivo en tales ocasiones? ¿Qué virtud tan heróica no era necesaria? Sabio y respetable director de su conciencia que me estáis oyendo, sube á este lugar y manifiéstanos para nuestra edificacion cuál era la delicadeza de su alma, cuáles los sacrificios que hacia á su Dios continuamente este sacerdote grande, cuando postrado á tus pies, como á los del mismo Jesucristo, descubria á su pesar los misterios mas hermosos de la gracia, entre los suspiros de la compuncion y de las lágrimas. ¡Ah! ¿Por qué no te es lícito descubrirlos en este dia para gloria del Señor? Domésticos todos de este dueño amable y cariñoso, ¿notásteis jamás en su respetable persona ademan ó accion alguna en sus padecimientos que indicase desprecio hácia vosotros? ¿Escuchásteis nunca palabra de su boca que se dirigiese á injuriaros? Hablad..... pero la abundancia de vuestras lágrimas ha respondido ya por vosotros, y contribuye mas á su elogio que mis frias expresiones. ¡O prelado modelo de virtudes!

Los límites estrechos de un discurso, y el justo te-

mor de no abusar de vuestra paciencia, me impiden hablar con extension del amor ardiente y extremado que este buen Pastor tuvo constantemente á su rebaño, y las demostraciones tiernas y sensibles con que lo acreditó en todas ocasiones. ¡ Ah! ¿ Quién sino el amor á su rebaño, y los ejemplos edificantes que le debia, le obligaron á permanecer constantemente en esta ciudad con perjuicio evidente de su salud? ¿ Quién sino estos motivos nobles y elevados le obligaron á regresar á ella, á la primera insinuacion, de las villas de Cuellar y Turégano, á pesar del conocido alivio que hallaba en estas poblaciones de su propia diócesis, á las que habia salido por disposicion terminante de sus médicos? ¿ Quién sino el bien de su amada grey le hizo acceder á salir de su palacio y pasar una noche, y mas que hubieran sido necesarias, en ese alcázar? ¿ Quién?..... ¿ Mas á qué patentizar lo que habeis visto, lo que habeis elogiado, lo que habeis honrado tantas veces con los mas dulces recuerdos? ¡ Ah! Por el amor á su pueblo, por el amor á la santa Iglesia sacrificó siempre su tranquilidad, su salud y su reposo. Estos objetos, los mas caros á su corazon, fueron el móvil constante de todas sus operaciones: por estos calló y por estos habló; y en el dia grande de la revelacion sabremos todos cuanto hizo, cuanto trabajó y cuanto afaná este celoso príncipe de la Iglesia por conservar intacto el sagrado depósito que el Señor habia confiado á su vigilancia.

¿ Y qué diré de la viveza de su fé, de la firmeza de su esperanza, del ardor de su caridad, que conmoviendo extraordinariamente las entrañas de este padre compasivo, sin embargo de la decadencia notable de sus ren-

tas, por causas bien sabidas, se derramó por la ciudad y diócesis para consuelo y alivio de su afligido pueblo? ¿Cómo hablaré de aquella caridad?..... ¿Mas en qué prodigioso abismo voy á sumergirme? Mi alma, señores, fatigada ya de admiracion y de asombro, parece quiere desfallecer al fijar la vista en el sublime cuadro en que están dibujadas las obras misericordiosas de este tierno padre. ¡O virtud la primera y mas eminente del cristianismo! Tú fuiste tambien la primera y mas amada de su corazon. Almas sensibles, venid á contemplar escenas patéticas que deben conmover vuestras entrañas, y exigen de justicia el tributo dulce de vuestras lágrimas. ¡Qué espectáculo! En una parte la viuda cubierta de luto y de tristeza, bajo de un miserable y desamparado techo, rodeada de sus inocentes hijos afligidos del hambre y de la desnudez, vé por un prodigio inesperado de la caridad de su Pastor multiplicados sus escasos bienes, y consolada su afliccion. En otra un hombre distinguido, que bajo de un exterior muy decente oculta una profunda miseria, y que impedido por la vergüenza busca tal vez las tinieblas de la noche para confiarlas los horrores de su necesidad, recibe cuando menos lo esperaba de mano del Prelado, por medio de un desconocido, el socorro abundante que enjuga sus lágrimas y calma sus crueles inquietudes. Aquí consuela al desgraciado labrador, dándole el pan que necesita para conservar su vida y la de su dilatada familia, y los medios tambien para continuar en el cultivo de sus campos. Allí sostiene con una pension al desdichado Sacerdote, privado por un accidente inevitable del uso de sus miembros para el ejercicio

de las sagradas funciones de su ministerio. Unas veces..... Y qué, señores, ¿quereis seguirme y que yo vaya señalando uno por uno los lugares todos en que este buen prelado hizo brillar los ardores de su caridad? Pues mirad esos claustros donde tantas vírgenes consagradas al divino Esposo bendicen entre los sollozos de la mas viva gratitud la misericordia con que este sensible padre alivia su triste situacion. Entrad en ese hospital, penetrad las prisiones, salid á los caminos públicos; vereis asistidos los enfermos, aliviados los encarcelados, y socorridos los indigentes jornaleros con la lluvia benéfica que no cesa de derramar sobre ellos este Pastor amante. Deteneos al frente de ese palacio, le vereis abierto á todos los desgraciados. ¡Ah! Los desgraciados han repetido y publicado con enternecimiento, que en este sagrado asilo hallaron todos los consuelos, todos los miramientos y atenciones de la hospitalidad mas afectuosa y ejemplar, debidas al infortunio. Fijad la vista en el prelado mismo le vereis á las puertas de su casa rodeado de pobres, á quienes socorre cariñoso con la misma mano con que les bendice. Le vereis..... No nos hagamos interminables.

Numeroso rebaño de la Providencia, infelices, cuantos habeis sido consolados por sus obras misericordiosas, levantad vuestras trémulas y desfallecientes manos al cielo para que colme de bendiciones á vuestro generoso protector; pedid al Señor os conserve por muchos años unos dias tan preciosos; elevad vuestros corazones hasta el trono de la bondad divina; y..... Pero ¿qué digo?..... Llorad, desgraciados, llorad vuestra horfandad y desamparo; se acabó vuestro consuelo y vues-

tra dicha. No; ya no volveréis á ver el rostro venerable del tierno padre que calmaba vuestras angustias; llamad enhorabuena á vuestro bienhechor, buscadle..... pero no le busqueis ya en la tierra..... ¿La tierra? ¡Ah! La tierra, contaminada con tanta iniquidad y conturbada con tantas pasiones, no es digna de poseerle. Ha participado por espacio de mas de cinco años de las penalidades y desgracias de su pueblo, y el cielo quiere recompensar sus trabajos en las moradas eternas de la paz.

Sí, hermanos míos; el cielo va á poner término á su preciosa vida. Un decreto tan glorioso para nuestro prelado como funesto para nosotros sale de los consejos eternos, y el Angel ministro de los designios y de las venganzas del Señor baja á señalar en el palacio episcopal. Pero qué, Dios mío, ¿los sacrificios que se ofrecen por su importante salud, serán inútiles en vuestra soberana presencia?..... ¿Ni los gemidos de su familia desolada, ni los suspiros de un hermano edificante, ni los clamores de tantos pobres, de tantos enfermos, de tantos desvalidos que vivían por sus beneficios, ni las fervorosas é incesantes oraciones de vuestras castas esposas, cuya situación amarga tanto dulcificaba, podrán alcanzar de vuestra misericordia la prolongacion de una vida tan amable?..... No, cristianos; nada basta á salvar la vida del prelado: se cumplieron sus dias, los decretos del Señor son irrevocables, y nada hay en el cielo ni en la tierra capaz de detener un solo momento su ejecucion.

Bien persuadido el augusto enfermo de estas verdades, que habia meditado tantas veces, no se alucina con la mejoría aparente que á todos nos consoló en la víspera

misma de su muerte; ve acercarse su último dia, tan espantoso para el impío y mal cristiano, con la tranquilidad y alegría del justo; hace gustoso á Dios el sacrificio de su vida; y los dolores intensos que sufre con la resignacion mas edificante, los une á los infinitos que padeci6 en el santo madero de la Cruz su amante Salvador. Lava su alma entre las lágrimas de una viva compuncion en el baño sagrado de la penitencia; la alimenta por la última vez con la carne del Cordero immaculado entre los afectos mas inflamados del amor. Es ungido con el oleo santo que vigoriza su espíritu y acaba de purificarle de las reliquias de su culpa; y como el cisne canta mas dulcemente cuando está ya para morir, como la lámpara da mayor llamarada cuando va á apagarse, despliega en su último dia todo el heroismo de su fé, de su religion y de su piedad. Encomienda con todo el fervor de su corazon al Pastor eterno el rebaño que le habia sido encomendado, encomienda á la bondad infinita la santa Iglesia, su castísima esposa; sale al encuentro á la muerte, y..... ¿Qué mas podré deciros? Este digno Pontífice de la nueva alianza, el dia tres del último diciembre, á las diez y media de su noche, á los cincuenta y nueve años un mes y ocho dias de su edad, á los cinco años cuatro meses y diez dias de su pontificado..... entre los lloros penetrantes de la desolada familia que rodeaba su moribundo lecho..... auxiliado por uno de sus celosos y respetables párrocos..... cierra sus ojos sin pena á este mundo falaz y pervertido que nunca habia mirado sin molestia, y se duerme apaciblemente en el Señor.

¡O tránsito feliz! ¡O fin dichoso! ¡O momento de

alegría para el cielo!..... Pero ¡ó noche funesta para esta diócesis! ¡O muerte, qué tristes y llorosos nos dejaste!..... Muerte cruel, inexorable muerte, si tanto te complaces en burlar las mas justas esperanzas, en sorprender con tu cruel guadaña las vidas mas queridas, ¿te faltaban para saciar tu saña hombres viciosos, pecadores obstinados cuyos instantes son acaso otros tantos delitos? ¿Por qué descargar tu fiero golpe sobre un?..... Pero ¿á qué punto, señores, me extravía el exceso de mi dolor? ¿A quién hablo en la amargura de mi corazón? ¿Para qué me quejo? A nosotros es á quienes dirige sus tiros; á nosotros es á quienes aflige; á nosotros castiga cuando le perdemos. El prelado es ya feliz. Sí, verdaderamente feliz. ¿Ni cómo podría dejar de serlo?

Él consagró su corazón al Señor desde sus primeros dias; amó su ley santa mas que todos los tesoros de la tierra; dejó el mundo en los años mas floridos de su vida para aspirar á la perfeccion en los ejercicios humildes y santas austeridades del claustro. Religioso irrepreensible edificó á sus hermanos; y si sus grandes talentos y virtudes le elevaron á los primeros destinos de su Orden, solo procuró en ellos mas y mas la gloria de Dios, y el bien y salud eterna de sus prójimos. Apreciado muy particularmente de los Grandes, de los Potentados, y del Monarca mismo, justificó del modo mas convincente el alto concepto que habian formado de su persona. Elevado por la divina Providencia á este obispado, desempeñó con la exactitud mas constante y escrupulosa sus augustas funciones. Pastor celoso, apacentó á su querida grey con las palabras y con los ejemplos, en medio de la de-

bilidad continuada de su salud. Padre tierno y compasivo consoló á su afligido pueblo en todo cuanto le fué posible con sus obras misericordiosas. Pontífice fiel, edificó á sus súbditos con el ejercicio incesante de sus virtudes públicas y privadas hasta el último instante de su vida: digno, pues, y muy digno de pronunciar con verdad y confianza en la presencia del Señor las palabras consoladoras del autor sagrado del Eclesiástico que puse á la cabeza del discurso, y que mi respetuoso amor á su persona, y mi reconocimiento profundo á sus bondades, deseara convertir en epitafio perpétuo de su sepulcro: "Anduve por los caminos rectos desde mi juventud, fui »celoso del bien, se conmovieron mis entrañas con las »necesidades de mi pueblo, y por esto gozaré una herencia inmortal." *Ambulavit pes meus iter rectum à juventute mea..... Zelatus sum bonum..... Venter meus conturbatus est ; propterea bonam possidebo possessionem.*

Sí, alma pura, alma edificante, alma misericordiosa; con razon esperas esta herencia dichosa de la inmortalidad: ve á recibirla del justo y supremo Remunerador en las moradas celestiales. Salid á su encuentro, Angeles santos: vosotros, Domingo de Guzman, Juana de Aza, Jordan bienaventurado, cuyas virtudes tan fielmente imitó, y por cuya gloria tanto trabajó, rodead el alma victoriosa de vuestro hijo, de vuestro nieto, de vuestro hermano, y no la dejéis hasta presentarla ante el trono excelso de su Dios, en quien siempre confió. ¡Ah! Sea ella feliz en vuestra gloriosa compañía por toda la eternidad.

Y vos, Dios grande, Dios misericordioso, árbitro

soberano de la vida y de la muerte, daos ya por aplacado con la sagrada víctima que acabais de arrancar á nuestros corazones; compadeceos de nosotros; consoladnos, Señor; dad á esta Iglesia viuda un esposo segun vuestro corazon, y á esta triste diócesis un Pastor segun sus necesidades: y si el amante que lloramos fuese aún deudor á vuestra rigurosa justicia de algunas de aquellas faltas inseparables de la fragilidad humana, de las que no está exento aun el mas justo, dignaos aceptar la sangre preciosa del Cordero inmaculado que acaba de ofrecerse en ese altar para expiarlas. Prestad vuestros oidos á las súplicas fervorosas de este Ilustrísimo Cabildo, de esta afligida Sion, que va á ofreceros en torno de ese fúnebre monumento la hostia de vociferacion que os es tan agradable. Oid, Padre amantísimo, los votos humildes del numeroso concurso que ha querido honrar con su presencia exequias tan solemnes. Todos, Señor, poseidos del mas vivo dolor, y unidos con los verdaderos sentimientos de piedad, os pedimos y suplicamos que el alma de nuestro muy amado y muy venerado prelado el Ilustrísimo Señor D. Fr. Joaquin Briz, con las de todos los fieles difuntos, por vuestra misericordia infinita *requiescant in pace.*



soberano de la vida y de la muerte, daos ya por apla-
cado con la sagrada víctima que os habia de manar a
nuestros corazones; compadeceros de nosotros; consolad-
nos, Señor; dad a esta Iglesia vinda un esposo segun
vuestro corazón, y a esta triste diócesis un Pastor segun
sus necesidades; y si el amante que llamamos tiene un
dolor a vuestra rigurosa justicia de algunas de aquellas
faltas inseparables de la fragilidad humana, de las que
no está exento aun el mas justo, dignaos aceptar la can-
te preciosa del Cordero immaculado que acaba de ofrecer
en este altar para expiarlas. Prestad vuestros oídos
a las súplicas fervorosas de este Ilustrísimo Cabildo, de
esta augusta Sion, que va a ofrecer en torno de este
sagrado altar la hostia de reconciliación que os es
tan ofreciendo, y al mismo tiempo, los vobis humilísimos
de la Iglesia, de la que ha perdido honor con su
pre, esta exento aun el mas justo, Señor, posibles
del mas vivo dolor, y unidos con los verdaderos senti-
mientos de piedad, os pedimos y suplicamos que el alma
de nuestro muy amado y muy venerado prelado el
Ilustrísimo Señor D. Fr. Joaquín Brix, con las de todas
las almas difuntas, por vuestra misericordia infinita y
querencia en pace.



Handwritten notes or signatures in the bottom left corner.







